

Las sobrevividas de la biopolítica: apuestas críticas desde América Latina

por **Gabriel Giorgi** | CONICET/NYU | gabriel.giorgi@nyu.edu

La noción de “biopolítica” tiene, podemos decir, una historia latinoamericana accidental: Foucault la formuló por primera vez en una conferencia dictada en 1974 en São Paulo, titulada “Nacimiento de la medicina social” y en la que se habla del cuerpo como “realidad biopolítica” (“El cuerpo es una realidad biopolítica, la medicina es una realidad biopolítica.”)¹. La conferencia, desde luego, en ningún momento trabaja materiales o archivos brasileños o latinoamericanos: se enfoca en los archivos europeos, principalmente franceses e ingleses, que Foucault interrogaba en su indagación sobre la “sociedad disciplinaria”. Esta historia incidental, en la que “biopolítica” y “América Latina” parecen a la vez superponerse sin necesariamente anudarse, es quizá una muestra ejemplar de las líneas de encuentro y desencuentro desde las que se conjugan, como se mapean en el presente dossier, muchas líneas de investigación y discusión desde el pensamiento biopolítico en la crítica latinoamericana.

Si bien las perspectivas que abre la interrogación biopolítica rápidamente se revelaron productivas para pensar archivos y luchas en América Latina, pronto también se enfrentaron con los límites de su formulación notoriamente eurocéntrica. Esto es bastante claro en Foucault: biopolítica condensa la lógica de lo moderno, que para él es blanco, secular, europeo. El cruce entre la vida y el poder, o “biopoder”, que para Foucault define el montaje de la estatalidad moderna en Europa desde el siglo XVIII aproximadamente, marcaría el momento en el que los poderes se conjugan alrededor de dos nuevas realidades políticas —el “cuerpo” y la “población”— como terreno de disciplinamiento pero también de

optimización y de expansión de potencia en atención a un cálculo a la vez económico, del capitalismo naciente, y político, en el régimen moderno del Estado-nación. Desde luego, movilizar esta aproximación desde América Latina implica desafiar los límites claros de su matriz europea: ¿cómo se conjuga la encrucijada entre *bios* y política ante las tradiciones y luchas de las comunidades amerindias?, ¿en qué medida los procesos de colonización fueron el laboratorio incesante de lo que luego resultará en las formas del biopoder moderno?, ¿hay una historia puramente europea del “racismo de Estado” —noción decisiva que propone Foucault y que tendrá enorme resonancia— que pueda prescindir de su enclave colonial en las Américas?, ¿por qué el pensamiento biopolítico europeo queda, con escasas excepciones, enfocado en cuerpos y poblaciones primordialmente *humanas* con marginal atención hacia los vivientes no-humanos?, ¿en qué medida las ideas de técnica, tecnologías y dispositivos, centrales a toda reflexión biopolítica, quedan cautivas en una raigambre europea y occidental?, ¿hasta qué punto, finalmente, biopolítica queda capturada en una lectura de la gestión “afirmativa” de cuerpos y poblaciones —que en Foucault incluso se declinará hacia la noción de *gubernamentalidad*, con tonos bastante pacificadores— contra la evidencia, tan nítida en la experiencia latinoamericana del siglo XX y XXI, de que la *guerra* es constitutiva de todo despliegue biopolítico? Esas preguntas recorren los desafíos a la perspectiva biopolítica que se formulan desde América Latina, y que recorren, como veremos, muchos de los artículos de este volumen. Dichos desafíos, podemos pensar, son al mismo tiempo un cuestionamiento y una

¹ Foucault, Michel. 1999. “El nacimiento de la medicina social” en *Estrategias de poder. Obras esenciales*, v. 2. Madrid: Paidós: 365.

posibilidad: es a partir de allí que hablamos de las “sobrevidas de la biopolítica.” En lo que sigue intentaré trazar, siquiera brevemente, algunas líneas de investigación que iluminan el presente y los futuros de la biopolítica en los estudios latinoamericanos, sin vocación de exhaustividad pero sí con el objetivo de historizar algunos usos de la noción en nuestros campos de saber y las líneas de trabajo que se abren.

En efecto, durante las últimas décadas, pocas nociones conjugaron debates tan heterogéneos —desde intersecciones entre raza y sexualidad hasta cuestiones ambientales, desde genealogías de la violencia hasta disputas en torno a la salud— como la noción de “biopolítica.” Quizá sea su transversalidad —que atraviesa fronteras disciplinares entre humanidades, ciencias sociales y saberes biológicos y naturales— la que estimuló conexiones no solo diversas sino frecuentemente dispares entre sí, impulsando formas de conceptualización que desafiaron tradiciones muy firmes en la filosofía política y la crítica cultural. Ese éxito tuvo, desde luego, consecuencias menos felices, generando frecuentemente una inflación semántica y usos cristalizados que ponen en cuestión, para muchos, la utilidad de la noción para iluminar coyunturas y desplazamientos en las inflexiones del presente. Sin embargo, la noción persiste e insiste: el contexto de la pandemia de COVID19 le dio un contexto de expansión y de reinención. Por eso hablamos de “las sobrevidas de la biopolítica”: la biopolítica reaparece como herramienta —cuya capacidad iluminadora debemos debatir— para nombrar nuevas y viejas articulaciones entre la política y lo viviente.

Este dossier intenta, en tal sentido, hacer una cartografía, siquiera parcial, de algunas reinscripciones de la reflexión biopolítica en América Latina. Desde preguntas en torno a lo posthumano y el “giro geológico” hasta rearticulaciones políticas en torno a derechos sexuales y reproductivos y a perspectivas feministas, las entradas al debate por la biopolítica en América Latina revelan líneas de trabajo que reconocen en ella un punto de partida y un archivo de debates.

Las vueltas de un virus

La pandemia de COVID19 abrió un escenario formidable para interrogar qué ofrecen las herramientas de la biopolítica a los desafíos del presente. Por un lado, las medidas tomadas por los Estados para contener el virus dispararon, desde ciertas tradiciones del pensamiento biopolítico (por ejemplo, en la figura de Giorgio Agamben) una reflexión sobre la reconfiguración de los autoritarismos y la intensificación de las tecnologías de vigilancia y control de las subjetividades y las poblaciones. Desde esta perspectiva, la pandemia habría revelado una verdad histórica de los Estados en su ADN autoritario, proto o neofascista, que es una de las modulaciones, podemos decir, de la tradición biopolítica desde Foucault en su reflexión sobre el biopoder. Interesantemente, Foucault, de manera muy temprana, se había corrido de esa posición “dura” donde la sombra del poder soberano es siempre recurrente, a través de la noción de gubernalidad, que empieza a formular en su seminario *Nacimiento de la biopolítica*, de 1979, y en el que, paradójicamente, desaparece la noción de “biopolítica” (incluida solamente en el título) para darle lugar a las reflexiones sobre el arte del gobierno como gestión de subjetividades. Sin embargo, en el caso de Agamben encontramos un ejemplo de reflexión biopolítica atenta al retorno, aparentemente sistemático, de un poder soberano que, ahora armado por tecnologías de vigilancia y control de cuerpos, deseos y subjetividades, anunciaría la nueva realidad de una suerte de control total, despejando los matices “afirmativos” de la tradición foucaultiana para anunciar un retorno totalitario de un poder soberano enfocado en el control totalitario de los cuerpos y de lo viviente.

¿Es este el destino del pensamiento biopolítico a la luz reveladora, podríamos decir, de la sociedad pandémica? Claramente no. Todo un campo de reflexiones e intervenciones abrevan en el pensamiento biopolítico para pensar la interdependencia tanto biológica como social que la pandemia dramatizó de maneras agudas y que hace a los desafíos de sociedades en las que la atención a fenómenos biológicos y ambientales define, de manera decisiva, la

disputa misma de lo político, desde la irrupción de un virus zoonótico hasta la agencia cada vez más acuciante del cambio climático en la vida cotidiana. ¿Puede la biopolítica hacerse cargo de esta “venganza de lo real”, para usar la fórmula de Benjamin Bratton², que irrumpe desde lo biológico y lo ambiental? ¿Puede elaborar herramientas conceptuales y respuestas ético-políticas ante esta nueva pregnancy de lo viviente entramada en configuraciones tecnológicas y ambientales en las que se pone en juego la reproducción misma de la vida? Y a la vez, ¿podemos enfrentar esos desafíos *sin* las herramientas y las discusiones que vienen desde la tradición biopolítica —incluyendo, desde luego, sus puntos ciegos?

Cosmopolítica, posthumanismo, políticas de lo viviente

El “bios” en la “biopolítica” parecía volver, bastante sistemáticamente, a lo humano, a lo social, a lo antropomórfico, a pesar de que el foco en la vida respondía al impulso antihumanista de los filósofos críticos de los años 1960 y 1970. Esta tensión en el seno de lo biopolítico, ciertamente, inspirará algunos de los itinerarios del pensamiento europeo en las décadas de 1990 y 2000 —por ejemplo, en la recuperación italiana de la biopolítica por parte de Giorgio Agamben y de Roberto Esposito, quienes exploraron, respectivamente, la noción de “nuda vita”³ (Agamben 1998) y la elaboración biopolítica de la “persona”⁴ recorridos que, si bien trabajan sobre los límites con lo no-humano, la proyectan sobre la subjetividad y la socialidad principalmente humana.

La cuestión de lo no humano adquiere, sin embargo, resonancia urgente en América Latina, y abre nuevos caminos para la investigación y

el activismo. Si *A queda do céu* (2010) de Davi Kopenawa y Bruce Albert⁵ —un formidable y masivo relato de la experiencia, los saberes y la militancia indígena— es uno de los textos más decisivos publicados desde América Latina en las últimas décadas es porque trae a primer plano las gramáticas genocidas y ecocidas que subyacen a las construcciones poscoloniales modernas de lo humano. A medida que se desvanecen las promesas de desarrollo social y distribución económica de mediados del siglo XX, y la conciencia de la crisis ecológica indica nuevos niveles de emergencia, las construcciones eurocéntricas, racializadas, de género y heteronormativas de lo humano revelan con toda su fuerza su violencia inherente y, fundamentalmente, su incapacidad para asegurar la continuidad misma de la vida, ya que la violencia de extracción y sus expresiones políticas alcanzan umbrales de paroxismo. En ese contexto, voces indígenas, junto a voces negras y feministas, reivindican el lugar de lo no humano, o lo “diversamente humano” (Airton Krenak), como lugar de enunciación que construye otra relación ética, política y social con lo vivo. Una nueva conciencia de la vulnerabilidad/ precariedad corporal en el contexto del desastre ecológico lleva la cuestión de lo vivo —lo viviente, como figura de la interdependencia de la vida más allá de lo humano—, al centro de debates críticos, intervenciones culturales y vocabularios activistas.⁶

Es precisamente en esta intersección entre saberes y políticas indígenas y crisis ecológica que mucho de la discusión sobre políticas de lo viviente tiene lugar desde América Latina, tal y como se propone desde el ensayo de Marília Librandi Rocha y su convocatoria a voces activistas y artistas del mundo indígena en Brasil. Encontramos allí una de las fricciones a la vez

² Ver, al respecto, Bratton, Benjamin. 2021. *The Revenge of the Real. Politics for a Post-pandemic World*, London: Verso. Y Esposito, Roberto. 2022. *Immunità Commune. Biopolítica all'epoca della pandemia*. Torino: Einaudi.

³ Agamben, Giorgio. 1998. *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

⁴ Esposito, Roberto. 2009. *Tercera persona: política de la vida y filosofía de lo impersonal*. Buenos Aires: Amorrortu.

⁵ Kopenawa, Davi, y Albert, Bruce. 2016. *A queda do céu. Palavras de um xamã yanomami*. São Paulo: Companhia das Letras.

⁶ Para el cruce entre prácticas estéticas y activismos indígenas, ver Garramuño, Florencia. 2022. “La tierra en llamas y el mundo por venir: heterocronías amerindias en la cultura latinoamericana contemporánea” en *Cuaderno Lírico*, v. 24.

políticas y conceptuales claves: aquella entre “biopolítica” y “cosmopolítica”. ¿Qué se juega entre *bios* y *cosmos*? Por lo pronto, y como lo demuestra por su lado el artículo de Martín De Mauro Rucovsky, emerge allí la realidad de la interdependencia entre cuerpos y mundos que se ilumina bajo la luz de la amenaza presente, y que pone en disputa de la mano de los saberes indígenas los límites de lo que llamamos “cuerpo” y otros modos de entender la noción misma de “vida” que trasciende las matrices médicas y biologicistas del pensamiento occidental.

La cuestión de lo *viviente* ilumina un desafío tanto epistemológico como estético a las concepciones normativas de lo humano, lo social y lo subjetivo. “Lo viviente” suspende y complica las distinciones que hacen legibles los cuerpos —humano/animal, individuo/colectivo, individuación/interdependencia, orgánico/inorgánico, etc.—, iluminando así líneas de continuidad, de intermediación, de convivencia y de ensamblaje. Menos una “esencia vital” que emerge como la verdad de la vida, lo viviente apunta hacia concepciones de la vida como relacionalidad, devenir y coexistencia. Esta figura descentra cualquier asunción esencialista sobre lo humano: se sitúa, precisamente, en el umbral mismo con lo no humano, apuntando hacia configuraciones que insisten en lo heterogéneo, lo dispar, lo múltiple. “Lo vivo”, entonces, como horizonte de la diferencia encarnada, pero relacionalmente constituida. La noción deleuzoguattariana de “agenciamiento” cobra aquí protagonismo, ya que descentra las nociones de individuo e individuado, y apunta hacia una relacionalidad que deshace cualquier distinción tajante entre cuerpos. También complica cualquier noción totalizadora y homogeneizadora de lo social al señalar hasta qué punto la vida colectiva está hecha de una mirada de nodos relacionales, que incluye actores y fuerzas no humanos, y en su lugar avanza hacia lo diferencial y lo heterogéneo como las características definitorias de lo social.

Es en este recorrido que encontramos las reflexiones desde el posthumanismo, representadas en el dossier por ensayo de Julieta Yelín, que lleva adelante un mapeo de recorridos

críticos en torno a la crisis del humanismo que está en el corazón de la tradición biopolítica. Figuras como la del animal, el monstruo, la máquina, el espectro y lo impersonal exploran la intersección entre vida y política más allá del foco en lo humano.

La cuestión de lo viviente pone también en juego y en crisis la noción de “individuo”, fundamento incontestable del pensamiento liberal, justamente enfocando la trama relacional que constituye eso que llamamos “cuerpo” y “vida” sobre los que descansan nociones como la de “persona” e individualidad (Esposito 2009). Podemos darle crédito al pensamiento biopolítico (junto, por supuesto, a otras tradiciones, como el feminismo y la crítica glttbiq+) en haber puesto en crisis, al interior mismo de la tradición de pensamiento occidental, nociones tan modeladores de la imaginación conceptual y política moderna como la de “individuo.” Es en ese umbral crítico sobre lo individual y su correlato en la vida privada que el feminismo moviliza campos relacionales como los de la reproducción y el cuidado para desafiar las matrices de la desigualdad y la violencia en las sociedades modernas. En su artículo, Verónica Gago enfatiza la noción de “reproducción social” para pensar el núcleo de las disputas del presente desde la luz feminista. Allí, dice, es donde se juega la modulación expansiva de la *guerra*, justamente cuando se trata de disciplinar a los cuerpos feminizados y su energía de insurrección. De la misma manera, José Manuel Morán Faúndes analiza las movilizaciones de la noción de “vida” desde estrategias de neoliberalización justamente para reforzar nociones de individualidad y privatización contra las evidencias de la interdependencia colectiva como terreno de lo político.

Irrupciones de lo real

El *bios* de biopolítica, entonces, parece funcionar como un umbral, imprescindible a la vez que insuficiente, para pensar las irrupciones de lo biológico, lo ambiental y lo planetario en las sociedades contemporáneas, que deben reconfigurar sus imaginarios políticos para responder o al menos registrar las agencias

insumisas que se activan en el momento de la crisis planetaria. Desde un virus hasta el clima: agentes que interrumpen la conversación política clásica y que reclaman modos alternativos de respuesta. Allí la cuestión de la vida y su persistencia entra con fuerza descomunal en el debate político, bajo el signo de la amenaza. Es sobre ese trasfondo que Fermín Rodríguez detecta las “señales de vida” de la literatura contemporánea como respuesta a escenarios diseñados por el neoliberalismo y sus políticas de precarización y abandono. A la vez, ese *bios* está ineluctablemente atravesado y modelado por la aceleración tecnológica que marca el ritmo y la infraestructura de nuestras decisiones individuales y colectivas: no hay biopolítica que no sea —como ya lo planteaba, aunque en sus propios términos, Foucault— un enclave de cruce entre tecnología y vida.⁷ Allí los “avatares de la vida” que nos trae Andrés Maximiliano Tello en su ensayo nos permiten avistar lo que sin duda es una de las direcciones urgentes para pensar la pregunta por la biopolítica desde escenarios de colonialidad como el latinoamericano: la investigación sobre inteligencia artificial y sobre el cableado digital de la vida en sus inflexiones brutalmente coloniales y capitalistas, y en las instancias de resistencia y desvío que ese escenario define.

Desde nuevas inflexiones entre guerra y política hasta activismos indígenas, desde la cosmopolítica planetaria y la agencia de lo geológico hasta las disputas sobre el control de la reproducción y por lo tanto de los cuerpos femeninos y las construcciones de género, desde el modelado neoliberal de la subjetividad hasta la digitalización de lo vivo, “biopolítica” parece seguir hablándole a los desafíos del presente. El dossier busca iluminar, desde la perspectiva singular y heterogénea de los estudios críticos latinoamericanos, las alternativas posibles y las limitaciones en disputa de estas *sobrevidas de la biopolítica*. //

⁷ Por esto Jean Luc Nancy criticaba la palabra “biopolítica” y proponía reemplazarla por “ecotecnia.”